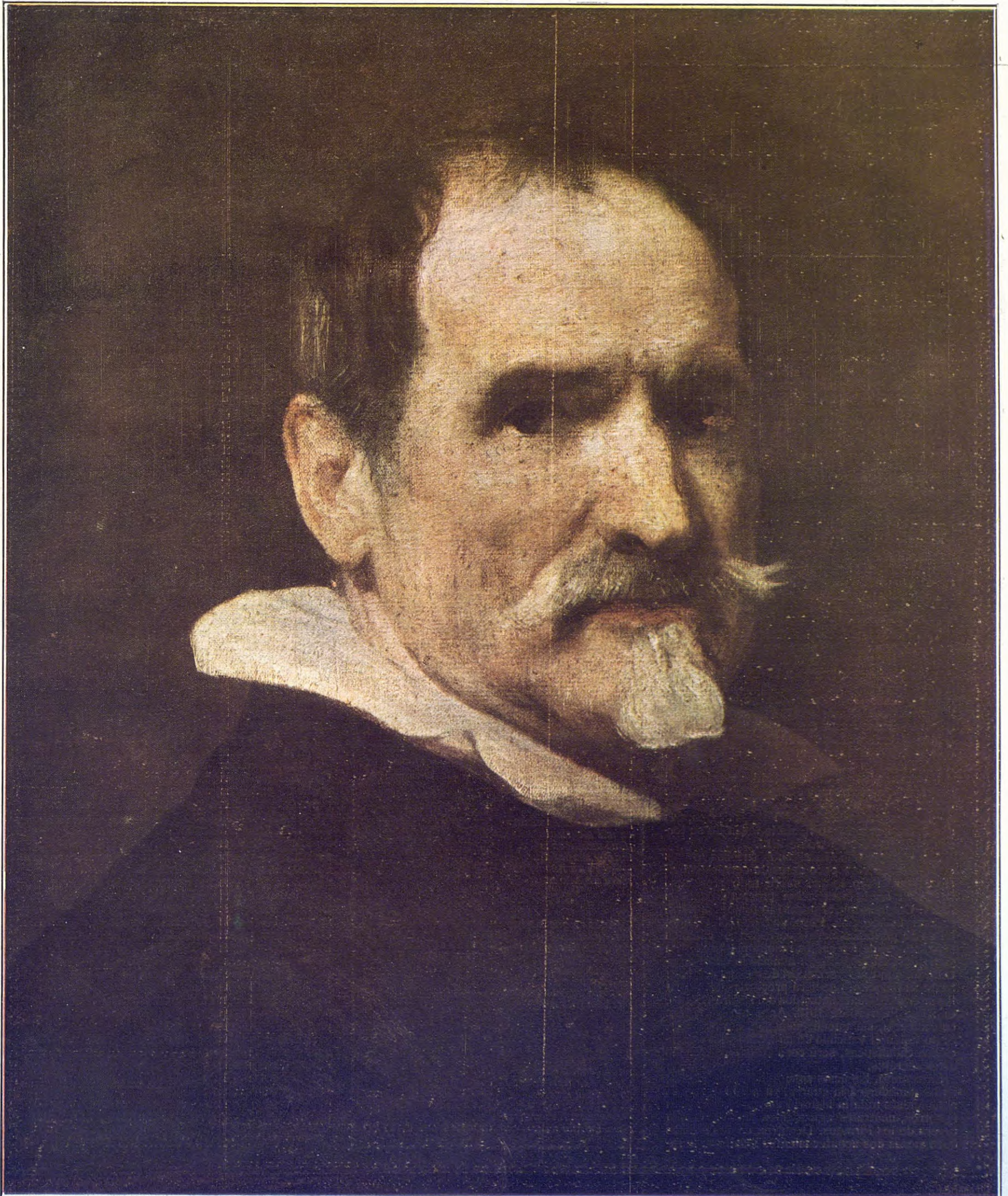


La Esfera

29 Diciembre 1917

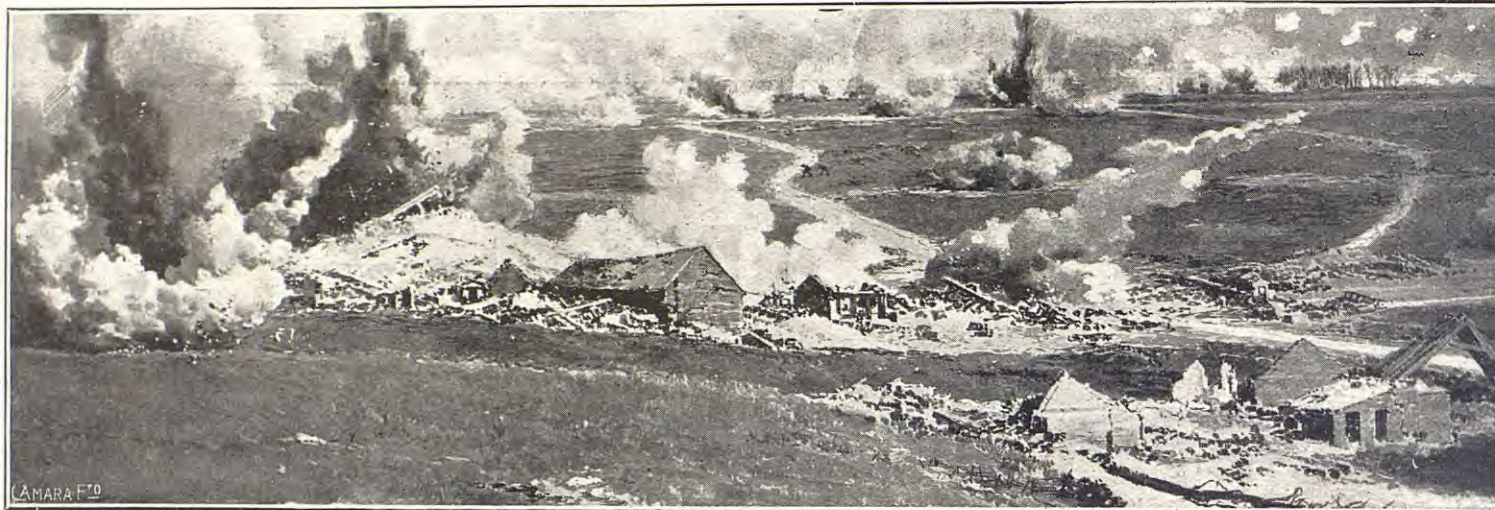
Año IV.—Núm. 209

ILUSTRACION MUNDIAL



RETRATO DE MARTÍNEZ MONTANEZ, cuadro de Velázquez, que se conserva en el Museo del Prado

DE LA VIDA QUE PASA HACIA LA AURORA



Destrucción de un poblado durante el avance de la artillería inglesa

DIBUJO DE MATANIA

HACE un año, escribía yo con la misma ocasión y para esta misma revista, un artículo: el artículo de Año Nuevo. De entonces acá, ¿qué ha sucedido? Dijérase que estamos donde estábamos un año ha. Todo parece repetirse. La devanadera da siempre las mismas vueltas y siempre de la misma suerte. Cada vuelta es siempre igual a la anterior. La devanadera no varía. Lo que varía es la madeja, que va disminuyendo, disminuyendo, hasta que da en su cabo y es preciso extender y devanar otra nueva. La tierra es la devanadera, ciega y sorda, en sus monótonos giros. Y las vidas humanas componen la madeja de hilos sutiles y quebradizos que sin cesar se están consumiendo y renovando. Si en Marte hay martícolas y entre los martícolas hay astrónomos, y entre los astrónomos martícolas hay alguno que se divierte en observar con sus lentes este planetilla que nos sustenta, y sucede que la última observación la ha hecho hace un año y vuelve a hacer otra ahora en año nuevo, de seguro dirá: «Todo está igual. En ese miserable astro no hay mudanza ninguna. Debe de ser un cuerpo muerto.» Y, en efecto, es un cuerpo muerto, infestado de infinitos animálculos vivos.

Todo está igual. No ha habido mudanza ninguna. Hace un año yo preveía que éste de 1917, ahora preclitante, sería el año de la paz. El deseo vestíase de esperanza y la esperanza se cubría con un medio antifaz de certidumbre. Esperanza y deseo me engañaron. Dice la sentencia: *Numero Deus impari gaudet*, á Dios le placen las cifras impares. Vamos á sufrir un año par: 1918. ¿No le placirá á Dios que en él concluya la guerra? ¿Habremos de aguardar hasta el 19 ó el 21, los dos impares más próximos?

En los comienzos del año 1916, un extranjero amigo mío, hombre muy distinguido y culto, me decía:

—La guerra durará todavía algún tiempo; dos años. Yo, hasta tengo fijada la fecha de su terminación: 23 de Febrero de 1918.

Me anticipó también algunos sucesos graves que sobrevendrían poco antes de cerrarse el ciclo militar. Pero lo que sobre todo me causó maravilla fué la enunciación precisa de aquella fecha. Confieso que al pronto lo tomé como ocurrencia humorística. Pero, andando el tiempo, leí en un periódico ciertos enrevesados cálculos cabalísticos, de los cuales resultaba que la gran guerra actual se halla ya anunciada en el Apocalipsis, con todo pormenor, desde sus orígenes hasta su finiquito, que será precisamente, según los intérpretes matematizados del Espíritu Santo, el 23 de Febrero de 1918. Ante tan peregrina coincidencia, me quedé suspenso, atolondrado. Si no fallan el vaticinio de mi amigo y las operaciones cabalísticas, será cosa de iniciarse en las artes secretas.

Entretanto, hagamos somero balance del año, en lo atañedor á la guerra, ya que la guerra es actualmente toda la historia universal, aun para nosotros, neutrales agazapados tras de la alta topera de los Pirineos. Destacan en los últimos doce meses dos acontecimientos máximos: la re-

volución de Rusia y la entrada de los Estados Unidos en la guerra. Rusia y los Estados Unidos son, por el territorio y sus pobladores, las dos más grandes naciones del mundo. Antes de la guerra y en la línea de las primeras potencias, Rusia era, políticamente, la nación más retrógrada; los Estados Unidos, la más avanzada. Durante este año, mediante un salto gigantesco, Rusia se ha colocado á la cabeza de la democracia internacional. La fórmula rusa es: «Paz sin anexiones ni indemnizaciones. Facultad indisturbada de los pueblos para regirse por su libérrimo arbitrio.»

La fórmula de los Estados Unidos es, ni más ni menos, la misma de Rusia. Así lo declaró Wilson, al romper con Alemania. Los Estados Unidos no quieren anexiones ni indemnizaciones; se aperciben á pelear tan sólo por conseguir la absoluta libertad política para los pueblos que todavía no gozan de ella.

Idéntico motivo induce á Rusia á retirarse de la lid y á los Estados Unidos á participar en el combate. ¿Cómo se explica? Parece contradictorio; y, sin embargo, es claro, lúcido, obvio. La

vida y la Historia tienen una lógica inmanente, que asoma á la superficie, allí donde menos se espera, no de otra suerte que en la bronca corteza de un tronco añoso y casi empedernido brotan maravillosamente acaso unas hojas ternuzuelas, de un verde infantil.

Al estallar la guerra, algunos espíritus ligeros se apresuraron á declarar el fracaso de las ideas democráticas. Y, sin embargo, la lógica inmanente de esta guerra conducía los eventos hacia el triunfo postrero y glorioso de la democracia. Dijose, durante el primer año de guerra, que la fortuna adversa de los aliados debía achacarse al régimen democrático y parlamentario, así como la primera fortuna inicial de las armas alemanas era obra del rígido régimen autocrático. Y, sin embargo, en todas partes—menos en España—ha ido, día por día, ganando fuerza el parlamento, y haciéndose su función imprescindible, hasta en la propia Alemania, en donde ha sido concedido ya el sufragio universal, que en vano habían reclamado los alemanes durante tantos años de paz. Comentando este insólito suceso, he oído exclamar á un alemán: «¡Si Bismarck levantase la cabeza!»

Por lo que afecta á España, no puedo menos de celebrar, si bien sonriendo en mis adentros, que aquellos mismos que hace tres años repudiaban con sarcasmo la democracia y el parlamentarismo, por pasados de moda en otras partes, como si en política hubiera modas, aquellos mismos van en apostolado, de lugar en lugar, predicando que nuestra salvación está en el sufragio universal, en las elecciones sinceras y en la práctica parlamentaria.

La polémica por la democracia se suscitó en Grecia, hace la friolera de veinticinco siglos. A partir de entonces, no cesó un momento de ventilarse. Esta guerra presenta toda la traza de ser el epílogo de la polémica; el último ensayo dicho en la perfecta democratización del mundo. De las naciones en guerra, dos señaladamente necesitaban democratizarse: Rusia y Alemania. Conseguido su fin, conforme á la lógica inmanente, Rusia ya no tenía para qué continuar peleando. Alemania lucha también por su democratización, ó hacia su democratización, aunque sin saberlo. Las naciones aliadas luchan por que no concluya la guerra antes de haberse democratizado Alemania; esto es, luchan por defender su democracia, y, en segundo término, por ayudar á Alemania á que desentrañe la lógica inmanente que preside los conflictos humanos. Si los Estados Unidos no hubieran entrado á tiempo, correrían grave riesgo su propia democracia y la presunta democracia teutónica.

Al término de veinticinco siglos de afanes se anuncia la aurora de la libertad sin mácula. Y el año de la paz será la fecha más pura y nítida, después del año 1 de la Era Cristiana. En adelante, que prosigan disputando los hombres, si quieren; pero que no sea con agravio de aquellas dos sagradas prerrogativas: Vida y Libertad.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

ANTE EL AÑO NUEVO

*Yo sé que este día
es la evocación
de la biografía
de tu corazón.
Que, en tu confusión,
te preguntará:
—¿Será un Año menos?
¿Será un Año más?»*

*¡Ay, años ajenos
á las ansias mías!
¡Cuánto fuisteis menos
en mis alegrías!
¡Qué melancolías
las que sentirás!...
—¿Será un Año menos?
¿Será un Año más?»*

*¡Años en que hilabas
la renunciación
con que amortajabas
á tu corazón!
A su evocación,
toda temblarás:
—¿Será un Año menos?
¿Será un Año más?»*

*Años de tu calma
en país remoto...
Años de mi alma
siempre en terremoto.
Años de lo ignoto
¿los descifrarás?
—¿Será un Año menos?
¿Será un Año más?»*

*Años de la escena
al brillar primero.
¡Años de cadena
del aventurero!
Calabozo fiero
¿no me lo abrirás?
—¿Será un Año menos?
¿Será un Año más?»*

*Llama de mi gloria,
pan de mi heroísmo,
voz de mi prehistoria,
ojos de mi abismo...
¡Ya ni de mí mismo
he de ser jamás!
—¿Será un Año menos?
¿Será un Año más?»*

*¿Cómo el afán glosas
que hay en tu poeta?
¿Cómo no reposas,
cabeza inquieta?
¿Qué ruta secreta
me descubrirás?
—¿Será un Año menos?
¿Será un Año más?»*

*...Yo sé que este día
es la evocación
de la biografía
de tu corazón.
Yo sé la emoción
con que te dirás:
—¿Será un Año menos?
¿Será un Año más?»*

CRISTÓBAL DE CASTRO

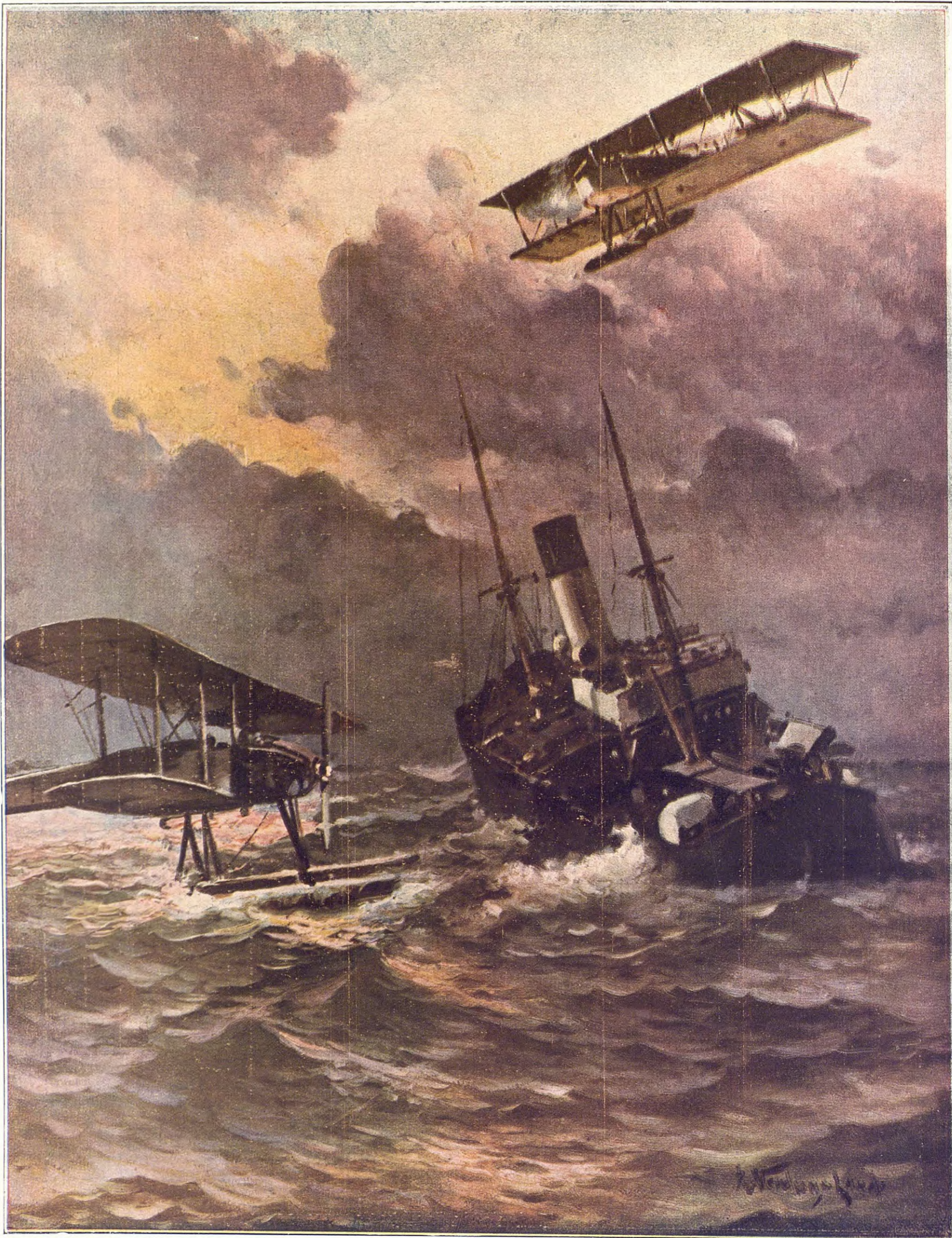
EL EMPERADOR DE ALEMANIA



El Kaiser durante su viaje á Constantinopla, ostentando el uniforme de feldmariscal del ejército turco

LA ESFERA

LA GUERRA MODERNA



ENTRE EL CIELO Y EL MAR, cuadro de Ricardo Verdugo Landi

LA ROCA MUERE

DIÁLOGO CON EL NARANJO DE BULNES

SALVE, roca grandiosa, reina de los montes!

—Bien venido, átomo del planeta.

—Ciertamente desde tu grandeza debes contemplarme atómico; mas no vine á sufrir humillaciones. Considera que no soy sabio pretencioso ni audaz conquistador, y que sólo vengo á admirarte y á oír resonar tu voz en mi corazón; porque tu voz es eterna, como tú.

—¡Eterna!, ¡eterna! Acércate y escucha, pobre aventurero, andariego sentimental. Eterno sólo es Dios y lo no existente.

—¿Luego tú...?

—Yo también tengo historia, y lo que tiene historia, nace y muere. Dios no tiene historia. Lo no existente no tiene historia.

—¿Me contarás la tuya?

—...Hace mucho tiempo. ¿Sabes lo que es el tiempo?

—¡Oh! No seas ridículo. No enseñes tu reloj, esa maquinilla que señala las horas. No comprendo vuestra medida del tiempo. ¡Las horas! ¿Qué son las horas? ¿Qué son los días? ¿Qué son los años? ¿Los siglos? ¡Ah, sí, los siglos! Ya empiezo á comprender; son los segundos nuestros, ¿no es así? Tic-tac para vosotros es un segundo, tan rápido que yo no puedo concebirlo...

Hace mucho tiempo, te decía—el tiempo que no cabe en vuestras medidas—, nací en el fondo de los mares. Fueron formándose sus aguas. Era yo muy niña. ¿Sabes lo que es ser niña una roca?

Un día, un día de nuestra medida, no de la vuestra, el mar fué retirándose, retirándose, y yo logré ver la luz del Sol. ¡Qué hermosa es la luz del Sol! Desde entonces, todas las tardes, al alejarse hacia otros mundos, besa mi frente, con un beso muy triste de despedida, y todas las mañanas, traicionero, por la espalda, me da otro beso muy alegre y parece preguntarme: ¿Me conoces? ¡Soy tu amante que vuelve! Soy el Sol.

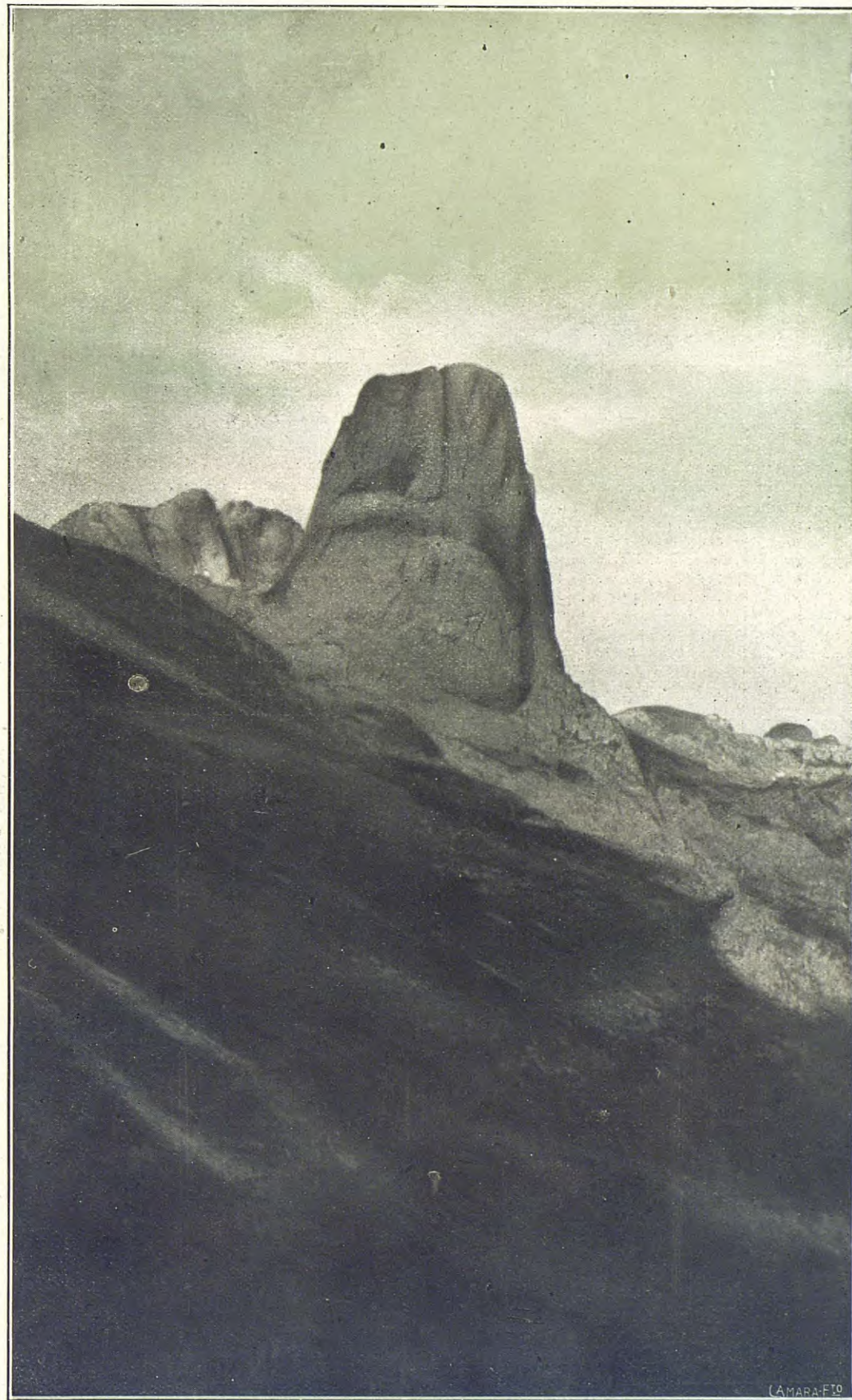
Pasaron los milenios; ¿entiendes bien? Yo cada vez más hermosa, más altiva, iba formándome perfecta en mis líneas, vigorosa en mi cuerpo, robusta en mi actitud. Era la envidia de otros montes, acaso más altos que yo pero contrahechos, deformes. Era el ideal de la esbeltez. Mis plantas hundíanse en los abismos y adornaba mi frente con cendales de nubes.

Desde mi altura, veía el mar solitario que á veces rugía. Contemplaba el llano desierto, en el que más tarde aparecisteis vosotros los hombres. ¡Qué impresión de desprecio y de lástima me causó la primera visión del hombre! ¿A qué vendrá á este mundo un sér tan ruin?—me preguntaba—. ¿Cómo podrá vivir en medio de estas fuerzas gigantes:cas que al menor movimiento le aniquilarían?

Atalayando el mar constantemente, vi que unas como aves blancas surcaban sus ondas.—Es el hombre—me dijeron—. El hombre, que ha dominado al mar. Más tarde vi que, serpenteando por la montaña, se arrastraba un gusanillo negro que, lanzando penachos de humo, horadaba los montes.—Es el hombre—me dijeron—. Ha muy poco vi un pájaro extraño que hendía los aires.—Es el hombre—me dijeron—. Y aquel desprecio que al principio sintiera, fué trocándose en curiosidad, casi en admiración, y cuando a mí llegaron los hombres sentí una gran vanidad al ver que aquel sér tan pequeño como poderoso, entonces alabanzas á mi hermosura. Algunos audaces pretendieron escalar mi cima; pero yo les mostraba los abismos, y el terror les hacía desistir de su empresa. Jamás pensé que pudiesen conquistarme; pero hubo un valiente, al que siguieron otros, contadísimos, que, despreciando el peligro, lo lograron. Yo, al fin mujer, me rendí ante la audacia, y al verme vencida colmé de goces á mis vencedores mostrándoles el tesoro de mis encantos.

¡Me dominaron, sí! ¡Ven, pobre aventurero, andariego sentimental! ¡Acércate que te diga un secreto! ¡Perdí mi juventud! ¡Estoy herida de muerte! ¿Comprendes ahora por qué repetía con tristeza la palabra eterna?

No me di cuenta de que el aire, el agua y la luz que me nutrían, que vigorizaban mi vida, iban poco á poco minando mi existencia. Los besos amorosos del Sol eran traidores, las suaves caricias del aire me enervaban, el agua lamía mi



La roca denominada "Naranjo de Bulnes", en los Picos de Europa

cuerpo. ¡Y eran mi vida! Pero la vida lleva oculto el germen de la muerte.

¡Ya lo ves, pobre humano! Yo, que desprecié serena la ira del rayo, que recibí inmutable el azote del huracán. Yo, la roca soberbia, fuerte, inmovible, me siento vencida por las caricias del aire, del agua y de la luz que me disgregan, que me desmoronan y contra las que nada puede mi dureza.

Corazón de roca, decís los hombres de los

que nada sienten. Y ya ves, la roca muere de caricias, de amor.

Pobre aventurero, andariego sentimental, sigue tu marcha y no olvides esta lección que te enseñó una roca, á la que en tu ignorancia llamaste eterna. ¡Eterna! Tic-tac es el segundo de vuestra vida.

¿Cuántos siglos me esperan de agonía?

FOT. DEL AUTOR

L. ALONSO

LA OBRA DE BERUETE

Unos grabados inéditos de Goya



"Paisajes"

(Grabados originales de Goya, que se conservan en la Biblioteca Nacional)

Hay en el libro *Goya, grabador*, que acaba de publicar Aureliano de Beruete, algo que nos inquieta y sugiere sobremana. Es la figura gentil de la duquesa de Alba pisando sobre el corazón del sordo inmortal con sus piecitos desnudos. Es la huracanada pasión del gran pintor envejecido, pobre y enfermo, que se revela al fin y por él mismo.

De toda la obra, tan proteica, de Goya, son tal vez sus aguas-fuertes, dibujos y litografías, lo más admirable y, desde luego, lo más elocuente. Significan lo que en un gran escritor sus memorias íntimas, lo que en un gran orador los emocionados balbuceos en las horas de penumbra y desfallecimiento junto al alma propicia de un amigo ó de una amante.

Más que en sus cuadros encontramos a Goya en sus dibujos de un modo neto, expresivo y, sin embargo, animado por enigmáticas y misteriosas elucubraciones. Precisamente ellas dan la medida de su genio al pasar como un gigante de otro mundo estelar sobre las mezquinas lindes del pensamiento humano.

Cada uno de ellos es un poema ó un postulado filosófico. Una sátira de hechos actuales ó un esparanzado símbolo de sueños que deseara ver realizados. Esto en cuanto a su valor y significación estéticos ó sociales. En el fondo son como las líneas de un ideal sismógrafo que fuera señalando las oscilaciones y sacudimientos de su espíritu.

Bien pueden hallarse interpretaciones satíricas ó quiméricas á *Los caprichos*, á *Los proverbios*, á *Los desastres*, incluso á las páginas sangrientas y bárbaras de *La tauromaquia*. Hartos temas ofrecen á la fantasía. Pero debajo de ellas late el corazón atormentado del artista, y efemérides de íntimos episodios son los que parecen populares escenas, conciliábulo de brujas, crímenes de la guerra y del coso taurino...

En sus grabados de la primera época no encontramos esa enorme convulsión de un hombre que se adelantó á su siglo, y cuya vez había de consumirse por el eterno fuego de un amor imposible, en medio del fuego asolador de su patria. Son reproducciones de los cuadros de Velázquez, asuntos religiosos...

A pesar de sus protestas de ve-

lazquismo, Goya no sentía, no podía sentir á Velázquez. Es demasiado frío, demasiado perfecto, demasiado equilibrado el pintor de *Las meninas* para sugestionar al gran pintor de *La maja*. Así sus planchas de las obras velazqueñas, grabadas en plena juventud, tienen una importancia relativa, un valor puramente cronológico. Lo mismo

puede decirse de sus asuntos religiosos. Si no hubiera ese ejemplo extraordinario, y condenado á desaparecer, de los frescos de San Antonio de la Florida; si no existieran muchas de sus sátiras, como las del grabado, *Nada, Ello dirá*, de *Los desastres*—y perdón Beruete disienta de su opinión—para demostrar el escepticismo y la carencia de religiosidad de Goya, bastaría el exiguo número de sus composiciones pictóricas y de sus grabados con asunto místico. La mediocridad de *La huida á Egipto*, *San Francisco de Paula* y *San Isidro*, es harto elocuente.

En cambio, cómo agarran la imaginación y cautivan la mirada y avivan las pasiones que fué la vida encendiendo en toda alma humana consciente de sí misma, las otras series de grabados!

Las inician *Los caprichos*; las terminan las litografías hechas ya en tierra extraña.

Beruete y Moret sigue en su reciente obra el mismo orden cronológico: *Los caprichos*, *Los desastres de la guerra*, *Los disparates* (*Los proverbios*, hasta ahora), *La tauromaquia*, *Obras sueltas* y *Litografías*.

Acompaña á cada una de estas partes en que se divide el libro *Goya, grabador*, un catálogo razonado y suficiente número de reproducciones tan impecablemente logradas, que autorizan á enorgullecernos una vez más del adelanto de nuestras artes gráficas.

Varias de estas reproducciones son de obras inéditas ó desconocidas. Las hay pertenecientes á las diversas series, y á ellas nos referimos para intentar la demostración de cuanto insinuamos en párrafos anteriores.

ooo

«Es una verdadera obsesión—dice Beruete—la que creo apreciar en *Los caprichos* por el amor y la mujer; el amor y la mujer con todas sus consecuencias, no ya tan sólo la del matrimonio, que parece la más natural, sino los amores de todo género, terribles, trágicos, rendidos, absurdos, ridículos, desesperados; pero siempre amores ó preparación de amores, ó consecuencias, poco gratas, las más de las veces, de amores perdidos. Creo reconocer, además, en una figura que aparece á menudo en estas escenas, tratada con especial cuidado, figura de aspecto gentil y bellísi-



"El sueño de la mentira y de la inconsciencia"
(De la serie *Los caprichos*)

ma, la de la duquesa de Alba, que, como pajarita de las nieves, va salpicando con su gracia estos caprichos sin apoyarse casi, ni hundirse en ellos.»

Hace once años (*La Lectura*, 1906) la condesa de Pardo Bazán hizo una afirmación parecida, aunque sin nombrar concretamente a la décimatercera duquesa de Alba:

«Esta mujer empecatada va á ser el símbolo español; los extranjeros van á sentir la inquietud que emana de ella. Claro que no me refiero exclusivamente á los dos lienzos tanto tiempo escondidos y que hoy lucen en el Museo del Prado: me refiero, en general, al tipo de *La maja* que, bajo el pincel de Goya, reaparece como una obsesión, con su cintura quebrada, su pie airoso, sus ojos nocturnos.

«Siempre la gentil hechicera parece un sér dañino, casi siniestro, una virtud máléfica de tinieblas, ya guiñe el ojo tras el abanico, ya estira la media de seda sobre el finísimo tobillo y el empeine curvo...»

Ya se deje acariciar apasionadamente el brazo, mientras su doble rostro se corona con alas de mariposa, añadimos nosotros, frente á este bellissimo dibujo que revela de una vez para siempre los amores de Goya y la duquesa, y que Aureliano de Beruete publica por primera vez.

Las ochenta y dos planchas de *Los caprichos* fueron grabadas durante los años 1795-1797. Bordeaba Goya la cincuentena; estaba convaleciente de la gravísima enfermedad que le dejó incurablemente sordo. Para reponer un poco su salud marcha á Andalucía en Enero de 1793, y conoce á la duquesa de Alba.

En el alma angustiada del artista, como en un erial yerto de sombra y de silencio, florece, vibra y luce un amor tardío y fatal.

Este amor fué adivinado, insinuado por los biógrafos de Goya; lo negaron los rebuscadores de archivos y los ofuscados por prejuicios absurdos. Ahora se ratifica de un modo indudable en el grabado número 81 de *Los caprichos*, ignorado hasta hoy, y que reproducimos en estas páginas.

Se titula *Sueño de la mentira y de la inconsistencia*, y luego de copiar, sin decir su procedencia, la descripción del conde de la Viñaza, que confiesa: «La alegoría es indescifrable» (*Goya. Su tiempo, su vida, sus obras*. Página 359), añade Beruete:

«Prescindamos de la bruja, de la vieja, del galápago, etc., cuya significación sería imposible ó arbitraria de explicarnos hoy, y fijémonos en la parte importante de esta lámina, al grupo formado por la mujer reclinada y el hombre que la estrecha el brazo. Esta mujer con dos caras y alas de mariposa en la cabeza es, indiscutiblemente, la duquesa de Alba, retratada una vez más, y casi en idéntica forma, como mujer ligera—no otra pueden representar las alas de mariposa—en esta serie de *Los caprichos*. Es nuevo lo de las dos caras, es atrevido por parte del artista; pero es aun más atrevido y nuevo que el hombre que amorosamente le estrecha el brazo contra su pecho sea el propio artista, Goya, retratado fielmente con su fisonomía tan típica, con sus facciones tan marcadas y singulares que hacen imposible toda confusión. ¡Y qué expresión tan maravillosa ha dado á su propia imagen! ¡Con qué amor tan grande abraza á la mujer querida, ideal, colocada tan alta para un pobre pintor! En este grupo se ve con luz clarísima



Detalle de la litografía "¡Bravo toro!"

lo que fueron aquellos amores de un hombre casi viejo y padecido, sordo y pobre, con una dama joven y bellissima, ligera, viva, despierta y caprichosa, que celebraba seguramente que el pintor famoso se hubiese prendado de ella, y que mantenía el fuego con franca protección y seguramente con algunas, no muchas, dádivas de amor que concedía haciéndolas valer, y de tiempo en tiempo.»

Conforme con esta justísima y única interpretación que da el ilustre crítico al importante dibujo.

Creo, sin embargo, que, hallado el motivo inicial de él, puede y debe buscarse también el oculto propósito simbólico de las figuras y detalles restantes.

No «prescindamos de la bruja, de la vieja, del galápago, etc., cuya significación sería imposible ó arbitraria de explicarnos hoy...»

La tentación es demasiado fuerte para resistirla, sobre todo después del descubrimiento hecho por el Sr. Beruete.

¿Acaso es la primera vez que un castillo simboliza la energía, la «fortaleza» de una pasión, ó sirvió para expresar la inexpugnabilidad que oponía un corazón para ser conquistado?

Esa figura, que, según el conde de la Viñaza, es una mujer, y que yo creo varonil y contrafigura de Goya, «parece que recomienda el silen-

cio», ¿no puede también expresar con su dedo alzado la amenaza del porvenir, de cuando la duquesita del doble rostro y el voltario tocado, envejezca y sea como el amante de quien se burla, vieja y fea y sin derecho á jugar con los ajenos corazones? Porque tal parece prometerla para lo futuro esa contrafigura suya que busca con su mano la mano de la duquesa, en un ritmo de continuidad. ¿Y no puede, por último, simbolizar el Destino la otra figura con el rostro entre las manos, un destino enmascarado á la manera clásica, por una careta que Goya dibuja zumbona para mayor crueldad? El Destino, que contempla cómo un pajarillo—pajarillo, no galápago, pajarillo con las plumas erizadas, el cuerpo inflado por el terror—va á ser devorado por la serpiente que le fascina. La alegoría de esta fascinación no es muy difícil de explicar cuando poetas y pintores la han aplicado tantas veces al amor ingenuo atraído por el amor perverso...

ooo

La necesaria extensión que debíamos consagrar á la plancha 82 de *Los caprichos* no consiente razonar los elogios que merecen el capítulo consagrado á *Los disparates*, donde Beruete, luego de justificar el nuevo título dado á *Los proverbios*, reproduce los primitivos estados de las planchas, junto á los que conocíamos, tan falsos y desnaturalizadores de su verdadera belleza; el capítulo de obras sueltas, en el que se encuentran los dos hermosísimos paisajes, que se publican también por primera vez, y el consagrado á las *Litografías*, que comenta y reproduce las dibujadas por Goya en Burdeos durante los últimos años de su vida. Son tipos, escenas y costumbres

netamente españolas, y eran como gráficas nostálgicas de la tierra española que el septuagenario artista sentía en su expatriamiento. No más de tres años hacía que se fundó en París (1816) el primer establecimiento litográfico, y en seguida Goya lo empleó para evocar bajo el cielo español páginas tan españolísticas como *El Vito*, *El sueño*, *Plaza partida*, *Monje encapuchado*, *Diversión de España*...

Y dejo para lo último citar el capítulo *Los desastres*, en el que se incluye la reproducción de las dos aguafuertes que figuraron en el ejemplar completo de Cean Bermúdez, pero no en los oficiales de la Academia. Son las señaladas con los números 81 y 82, así como llevaban los números 83, 84 y 85 del ejemplar que poseyó Cean Bermúdez las tres de *Los prisioneros*, que hoy se consideran desligadas de la serie.

Digno final son, en efecto, de la trágica colección de horrores—que pensamos desaparecidos para siempre y que, merced al egolatrismo germánico, convulsionan ahora á la Humanidad—, estos dos grabados: *Fiero monstruo* y *Esto es lo verdadero*.

Fiero monstruo simboliza la guerra, ahíta de muertos y agonizante que, en sus postreros estertores, arroja los cadáveres de los hombres devorados por ella.

Esto es lo verdadero representa, en su matrona, coronada de flores y los senos desnudos, mostrando á un labrador la auroral glorificación del fondo, á la Paz, que nunca debió interrumpirse; la llegada al fin de los pacíficos agrícolas que van á labrar la tierra, encharcada de sangre por los inhumanos guerreros...

José FRANCÉS



"Modos de volar"
(De *Los disparates*)



"El sueño"
(Litografía)



"Esto es lo verdadero"
(De *Los desastres de la guerra*)

NUEVA VIDA



No quiero en el pasado distraer la mirada,
ni siento la nostalgia de las horas perdidas...
Los inciertos caminos en donde hice jornada,
no tienen el encanto de sendas florecidas.

Me da miedo mirarlos, desiertos y sombríos,
porque fueron caminos sin paz y sin amor,
donde todos los males fueron hermanos míos
y sólo su caricia me brindaba el Dolor.

En ellos peregrino, la luz me fué enemiga,
no hallé sombra de árbol, ni aroma de rosas,
y vencido y enfermo de sed y de fatiga,
no descubrí el consuelo de un claro manantial.

¡Oh, caminos desiertos de mi vida pasada,

dolorosos caminos que ya no quiero ver
porque no me ofrecisteis, al hacer mi jornada,
ni un beso, ni una estrofa, ni un nombre de mujer!

Mi ilusión y mi vida son los días presentes;
con sus rítmicas horas estoy en comunión,
porque son unas horas claras, resplandecientes
de amor y de fragancia, de luz y de emoción.

El tiempo, ante mis ojos, se tiende y se dilata
como un campo florido con las rosas de Abril;
un piano, á lo lejos, preludia una sonata
que envuelve mis sentidos en risas de marfil.

En el dulce remanso de estas horas serenas,
bajo un cielo que tiene claror de amanecer,

siento la sangre joven galopar por mis venas
al mágico conjuro de un beso de mujer.

Bajo su hechizo, brotan en mi alma raudales
que son como destellos de una luz inmortal,
y en mis labios florecen versos y madrigales
con aroma divino de rosa provenzal.

Mujer, musa... Sé guía de mi vida presente;
dame besos de madre, dame calor de hermana;
posa, en callado vuelo, tus labios en mi frente,
y perfuma mis horas, por si es tarde mañana.

DIBUJO DE ECHEA

José MONTERO

La buenaventura en un guante...

UNA sensibilidad civilizada y recogida en su ensueño, y un cuerpo femenino que no descuidaba su cultivo. Esto era Marta, la parisiense.

Si la Inteligencia acaso se reducía a un poco de espiritualidad literaria, su *chic* se nos antoja mágico como la varita de un hada. Infundía a las cosas un regocijo y una ternura amables, a su alrededor el aire adquiría una desusada fluidez. *Madame* impregnaba de su feminidad alquitarada y no completamente espontánea, su propia existencia y las de los demás. Enviaba flores a sus amiguitas, fingía acordarse de sus amigos en un bazar de lujo, se excusaba en ingeniosas polémicas, de su devoción por musiqueras de *tgizanes*, disculpándose con sus nervios enfermos de sentimentalismo.

Sus horas se enhebraban con sus mentiras artificiosas en una verdad: en el credo de que debemos utilizar los frutos del pasado más remoto, a lo largo de las centurias, ya en doctrina, ya en positivas ventajas materiales, para el triunfo exquisito de la sensación actual y efímera.

¿Por qué se casó con un varón sesudo, pero tosco y adusto? Casi ninguna parisiense se redime del contraste con su marido. Tal vez se casan con objeto de no poder ya casarse, es decir, que no encadenándose a un hombre que emparejaría con ellas en una perfecta dignidad, conservan el derecho a la coquetería con esos iguales suyos, sin exponerse al peligro de sacrificarse a uno, a cambio de la pérdida de los otros.

El alma de una parisiense semeja un teatro cuya velada se compusiera con un acto de un *vaudeville*, uno de una comedia romántica, y uno de un drama de costumbres cosmopolitas. Y en los intermedios, el sexteto tocara *Manon*.

En el *hall* de un hotel internacional se nos ocurrió de repente, una noche, jugar a la lectura psicológica en las manos. Estábamos allí, en tertulia heterogénea y pintoresca, aristócratas, artistas, tipos misteriosos y decorativos. Un egipcio se ofreció a descubrir los secretos que dormían en las palmas femeninas. Marta la parisiense, en lugar de su manecita, dió uno de sus guantes.

Es curioso observar cómo el guante conserva la huella de la vida. Tibio y hueco en su falsa morbidez, parece palpar. Se mantiene en la piel cosida y perfumada, el recuerdo de la carne, como la carne alienta con vibraciones robadas al espíritu. Si la manecita de Marta semeja una rosa sonrosada, el guante suyo parece una rosa blanca, de esas que brotan en Enero, bajo la luna de Pierrot... El mago oriental descubrió en la cabritilla la psiquis que antecede...

Federico GARCÍA SANCHIZ





EL PRIMERO QUE PASA

Gabinete reservado de un restaurant; en el centro, mesa elegante con servicio para dos comensales; á la derecha, puerta con cortinones, que comunica con la habitación inmediata. Es de noche.

MIRTA (ataviada lujosamente y reclinada en un diván, se agita con inquietud nerviosa).—¡Las nueve y cuarto! ¿Hay paciencia que baste? (Se pone en pie.) No volverá á ocurrirme. ¡No, no y no! (Y arranca una flor de la corbeille, la muerde, la arroja al suelo y la pisotea.) ¡Ea! Esto se ha concluido. ¡Vaya una caballerosidad! ¡Vaya un...!

ALFREDO (alzando la cortina de la puerta de entrada).—¿Das tu permiso?

MIRTA (va hacia el diván, se sienta y no contesta).

ALFREDO (deja el gabán sobre un sillón y se acerca á Mirta).—Vamos. Ya se encrespaban los pícaros nervios. Te he hecho esperar; me ha sido imposible evitarlo. Encontré á Juanito... Ya sabes lo pelma que es Juanito. Pero ¿qué? ¿Lo has tomado en trágico? ¡Por quince minutos de espera!

MIRTA.—¡Veinticinco!

ALFREDO.—Quince, hija mía, quince. Son las nueve y cuarto. Ahora mismo dan en las Descalzas.

MIRTA.—¿Qué tengo yo que ver con esas señoras?

ALFREDO.—Con las Descalzas precisamente...

MIRTA.—¿Sabes lo que te digo? Que si llegas á tardar cinco minutos más, me encuentras cenando con otro.

ALFREDO.—¿Con quién?

MIRTA.—Con otro; con cualquiera. ¿Crees tú que me hubiera faltado con quién cenar?

ALFREDO.—Así, tan de repente... Claro es que te hubiera faltado.

MIRTA.—¿A mí? ¿Tan poco valgo?

ALFREDO.—No es eso, gatita. Hoy, precisamente, estás espléndida, como para quitar la cabeza, entre otras pequeñeces; pero no creas que se cena con quien se quiere, así de pronto. Veamos: ¿en dónde está ese afortunado compañero que iba á suplantarme?

MIRTA.—Agotas mi paciencia, y ahora te digo que no ceno contigo, que lo haré con cualquiera: con el primero que pase por la calle.

ALFREDO.—El primero que pase no querrá cenar.

MIRTA.—Pues con el segundo.

ALFREDO.—Tampoco.

MIRTA.—O el tercero.

ALFREDO.—Menos.

MIRTA.—Mc exasperas. ¿Qué te apuestas á que cena conmigo el primero que pase?

ALFREDO.—Te dejo hacer la prueba con cinco, y si no te engañas, te compraré un abrigo de pieles.

MIRTA.—Está bien; llama al camarero.

(Alfredo pulsa el llamador del timbre. A los dos segundos, el mozo se presenta.)

CAMARERO.—¿Llamaba el señor?

ALFREDO.—Oye: vas á bajar á la puerta del restaurant, y al primero que pase, le detienes, y le dices que una señora le ruega que tenga la bondad de subir.

CAMARERO.—¡Al primero que pase! ¡Qué cosa más rara!

ALFREDO.—Esa no es cuenta tuya. ¡Ah! Si ves que ese señor pasa sin hacerte caso, paras otra vez al primero que pase, y le repites el mismo ruego, hasta que yo te avise que dejes de hacerlo con más transeúntes.

CAMARERO.—Está bien: yo, con hacer lo que se me manda... (Aparte.) ¡En mi vida he visto cosa más extraña! (Vase.)

ALFREDO.—Ahora, á ejercitar tu paciencia, porque vas á oír cosas deliciosas. Yo las escucharé detrás de esa cortina, en el cuarto de al lado. ¡El primero que pase! Es el enigma, lo desconocido; estoy por decir que lo imposible. Cuando caminamos por la calle, creemos conocer cuanto nos rodea, y vamos abismados en el misterio. La belleza, la celebridad, la fortuna, la gloria, quedarían humilladas si se tomasen el trabajo de parar al primero que pasa y de preguntarle: ¿qué opinión tiene usted de mí?

MIRTA (algo turbada por lo extraño de su situación).—¡Eres un imbécil! Me obligas á hacer gala de un gran desenfado.

ALFREDO.—No, gatita mía; la que te obligas eres tú; pero si te arrepientes, con confesar tu error, quedo satisfecho.

MIRTA.—No; me has humillado; te demostraré lo que valgo. Silencio: siento pasos.

ALFREDO.—Corro á mi escondrijo. (Se oculta.)

CARMONA (desde fuera).—¿Se puede?

MIRTA.—Pase usted.

(Entra Carmona, vestido de frac. Es joven, arrogante, y su expresión revela á un hombre de mundo.)

CARMONA.—Señorita: si el camarero no me ha engañado, me ha llamado usted.

MIRTA.—Caballero: basta ver á usted para adivinar que conoce usted la vida lo bastante para respetar los motivos que cada cual puede tener para proceder en un caso determinado y no formar aventurados juicios. Yo me encuentro en uno de esos casos y necesito de su benevolencia.

CARMONA.—Muy bien; será para mí un honor no desmentir juicio tan benévolo. Sirvase comunicarme sus órdenes.

MIRTA.—Pues bien: necesito que cene usted conmigo.

CARMONA.—¿Ahora mismo?

MIRTA.—Sin perder minuto.

CARMONA.—Señorita: si me hubiera usted dicho que era necesario batirme ó realizar cualquier hecho heroico, hubiera aceptado; tendría todo eso algo de gallardo, de caballeroso, de gentil; pero obligarme á hacer de figura decorativa, sin duda para servir á intereses ajenos, es para mí muy desairado y humillante.

MIRTA.—Si usted cree que no soy para usted digna compañera...

CARMONA.—¡Oh, no! Es usted una mujer incomparable. Por una sola de sus miradas hubiera yo arrojado los mayores peligros: me hubiera sentido un Bayardo, un Beltrán de la Cueva; sólo hubiera sido precisa una condición: que la iniciativa hubiera partido de mí.

MIRTA.—¿Y qué más da?

CARMONA.—No ha de dar? Alcanzar lo que deseamos, con nuestros esfuerzos, es un gran premio; obtenerlo sin lucha es una humillación. ¿Tan escaso valer me presume usted, que juzga que puedo servir de maniquí para satisfacer un simple capricho ó ganar una apuesta? No; las cosas valen lo que cuestan, y así, señorita, dignese admitirme un consejo: hágase valer más.

MIRTA.—¡Caballero!

CARMONA.—Hágase valer lo que vale, sin duda. Exija sacrificios, fortunas, vidas y las recibirá en holocausto; pero no exija á nadie que se estime,

que desempeñe, fingiendo ignorarlo, un segundo papel. ¿Me permite usted que me retire?

MIRTA (*sofocada*).—Vaya usted con Dios; me ha dado usted una lección bien dura.

CARMONA.—Beso sus pies muy devotamente. (*Vase.*)

MIRTA.—¡Qué vergüenza!

ALFREDO (*asomándose por el cortinaje*).—¿Lo ves? El camarero es más experto que tú. Sin duda ha avisado á varios transeuntes, y ya hay otro en la puerta.

SÁNCHEZ (*cincuenta años, flaco; viste modestamente*).—¿Es aquí donde debo entrar?

MIRTA.—Aquí mismo.

SÁNCHEZ.—Señorita: ¿miente ese cernícalo de mozo, ó me ha llamado usted?

MIRTA.—Sí, señor: le he llamado.

SÁNCHEZ.—¿A mí?

MIRTA.—A usted.

SÁNCHEZ.—¡Viva la vida! (*Se arregla el nudo de la corbata*). Y ¿en qué puedo servirle?

MIRTA.—Le he visto á usted pasar desde la vidriera y, ¡ya ve usted! (*con cierta sorna*), fantasías locas de mujer: he pensado invitarle á cenar conmigo.

SÁNCHEZ.—¡Viva la vida! Pues, señora, encantado. (*Se sienta á la mesa*). Acompañaré á usted aunque sea ocho días. Pero he de rogar á usted que me dispense sino pruebo bocado.

Estoy á dieta rigurosa por prescripción médica. Padezco una dispepsia horrible, y el doctor me ha dicho: «Amigo Sánchez: si quebranta usted en lo más mínimo mi prescripción, le aseguro que no se librará de la nefritis»; y yo, señora, le obedezco; porque, ante todo, ¡viva la vida!

MIRTA.—Pues, entonces, no hay nada de lo dicho; lo siento, puede usted marcharse.

SÁNCHEZ.—¡Caramba! Señora: la dieta nada tiene que ver con... En fin, yo puedo ver á usted cenar y admirar esa figura, que parece arrancada ¿á qué diré yo?, á un retablo del siglo... en que se hacían los retablos, y esa cara...

MIRTA (*poniéndose en pie*).—Bueno: haga usted el favor de marcharse á curar su nefritis.

SÁNCHEZ.—Está bien.

(*Aparte*). ¡Qué lástima! Pues la salud requiere algún sacrificio. Si me curo... ¡Viva la vida! (*Vase.*)

ALFREDO (*asomándose*).—Es un bello tipo. Tienes poca fortuna hasta ahora. Veamos el nuevo visitante. (*Pasan breves momentos y suenan en la puerta dos golpecitos leves.*)

MIRTA.—Pase quien sea.

RAMIRO (*joven rasurado, de aire contrito; viste de negro y mira constantemente al suelo*).—¡Ave María Purísima!

MIRTA.—Sin pecado. Pase usted, joven, pase usted y no se quede ahí en la puerta.

RAMIRO.—Con su licencia.

MIRTA.—Siéntese usted.

RAMIRO.—No sé si debo...

MIRTA.—Sí, hombre, sí; debe usted.

RAMIRO.—Con su venia.

MIRTA.—¡Ea! Hablemos claro. Por motivos que no son del caso, invito á usted á cenar.

RAMIRO (*aparte*).—Jesús, ampárame. ¿A cenar usted y yo?

MIRTA (*ya enojada*).—Claro que usted y yo; no iba usted á cenar solo, mientras yo le miraba.

RAMIRO.—El caso es, señora, que yo, con perdón sea dicho, soy seminarista en vacaciones.

MIRTA.—Y ¡claro!, no le gusto á usted.

RAMIRO.—Como gustarme, ¡ya lo creo!

MIRTA.—Entonces, ¿por qué no dedicarme media hora?

RAMIRO (*aparte*).—¡Que me lo perdone el Señor! ¡Vaya! Por una noche, olvidaré mis santos deberes. (*Alto.*) Soy suyo, hermosísima paloma. (*Muy meloso.*)

MIRTA.—Vaya, pues á cenar.

RAMIRO.—¡No! Todo lo que usted quiera; pero cenar no.

MIRTA.—¿Por qué?

RAMIRO.—¡Porque es día de ayuno!

MIRTA.—¡Esta es otra! Pero, alma de Dios, ¡si yo no le invito á usted á otra cosa!

RAMIRO.—Yo creía...

MIRTA.—¿Qué creía usted? ¡Pues señor, vaya una cantidad! ¿Es que yo soy materia parva? Bueno, váyase usted, santo varón, que es la hora de nona.

RAMIRO.—La nona es á las tres.

MIRTA.—Pues la que sea. Hasta el valle de Josafat.

RAMIRO (*marchándose*).—Agur.

ALFREDO (*asomándose*).—¡Ja, ja, ja! Veo que nos vamos á divertir esta noche de veras. ¡Po-

MIRTA.—¡Qué bárbaro!

EMETERIO.—Lo que puedo hacer es llevarme unas rajadas de salchichón y un pedazo de queso y un panecillo.

MIRTA.—Llévate lo que quieras. ¡Ah! Y que se alivie la maestra.

EMETERIO.—Me parece que de esta hecha acaba la pobre, porque el médico dijo, dice: «Esto es una endo cerditis.»

MIRTA.—Bien, hombre, anda con Dios.

EMETERIO.—¡Que de salud sirva! (*Vase.*)

MIRTA (*á Alfredo*).—Puedes salir y decirle al camarero que ya no recibo más que al primero que pase.

ALFREDO.—¡Al primero que pase! Pero ¿todavía no te has convencido? El primero que pasa es una ficción, no es un ente real; es la desilusión, es el desengaño. Voy á complacerte. (*Sale.*)

(*Gran pausa. Al cabo de cinco minutos aparece en la puerta, con porte de obrero distinguido, Paco; da un grito ahogado y se queda inmóvil, con la mirada fija en Mirta.*)

PACO.—¡Tú!

MIRTA (*aterrada*).—¡Paco!

PACO (*dominándose, y con acento digno y severo*).—¿Eres de veras tú quien me llama?

MIRTA.—No sé. Tal vez no he sido yo, sino el destino, Dios...

PACO.—No nombres á Dios. Es pronto todavía; ya lo invocarás cuando pasen los años, cuando tu corazón tiemble de frío al recordar todo el mal que me has hecho.

MIRTA.—¡Perdón, Paco, perdón!

PACO.—Y ¿para qué me llamas? Para burlarte de mí es muy tarde; para arrepentirte es temprano. Te has equivocado; no me has llamado á mí, sino á alguna de tus nuevas víctimas.

MIRTA.—Paco: ¿quién te ha erigido en juez? Tendrías que vivir muchos años, verter muchas lágrimas y no llegarías á comprender jamás, con tu criterio cruel é inflexible, el abismo insondable á que es atraído, por fuerzas superiores á su voluntad, el corazón de la mujer. Todavía no sabes perdonar; aún no eres capaz de juzgarme.

PACO.—Tal vez razones bien. No tengo derecho á juzgarte. Después de todo, ¿qué tiene

de particular que una mujer engañe á su novio? Te cansaba el taller y no te resignaste á unir para siempre tu suerte á un obrero, á permanecer perpetuamente en una baja capa social, porque vosotras llamáis bajas capas sociales á aquellas en que se gana el pan sin el auxilio del primero que pasa.

MIRTA (*sollozante*).—¡Paco!

PACO.—Perdona; no sé fingir; he llorado mucho; por tu maldad, tal vez me hubiera muerto; pero tengo una madre; viviré para ella.

MIRTA.—Sí, vive para ella; una madre sola es capaz de redimir á todas las mujeres. Olvidame por siempre, aunque no me perdones.

PACO.—Adiós; te perdono. Todavía lloras. ¿Quién sabe si no eres muy mala! (*Vase.*)

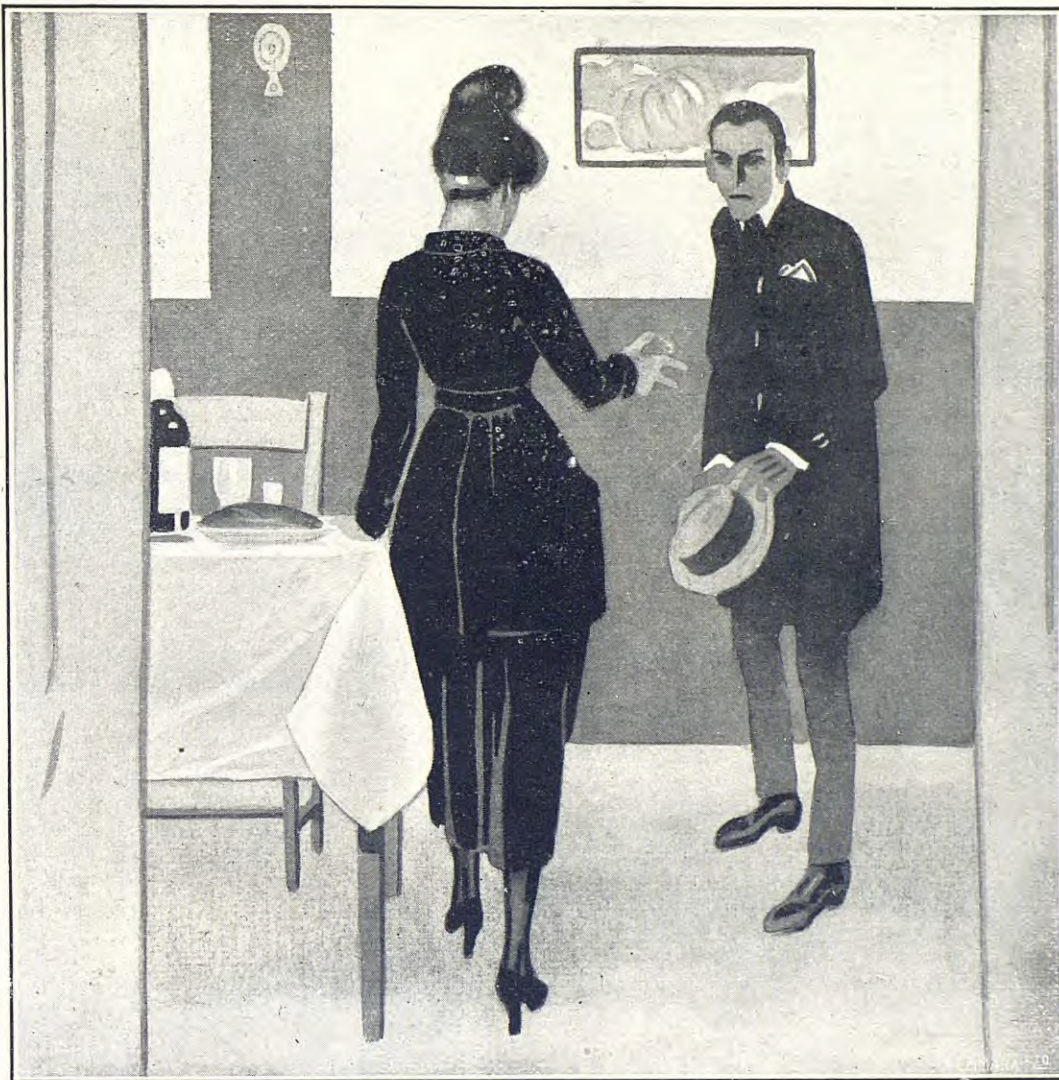
(*Pausa, interrumpida por los sollozos y el llanto de Mirta. Alfredo levanta discretamente la cortina; la contempla con dulce compasión. Luego entra, y cuando Mirta se enjuga los párpados y parece serenarse, la toca cariñosamente en el hombro.*)

ALFREDO.—¿Te parece que pida el consomme?

MIRTA (*haciendo un supremo esfuerzo para recobrar la tranquilidad*).—Puedes pedirlo.

ANTONIO ZOZAYA

DIBUJOS DE PENAGOS



bre Mirta! Me parece que tú también tendrás que ayunar.

MIRTA.—Es que parece que el diablo se ha propuesto enredar esta noche. O es que el camarero está de acuerdo contigo para llevar á cabo esta farsa que, sin duda, tenías preparada.

ALFREDO.—No, hija, no. Es la realidad la que forja las más entretenidas comedias. Otro paseante llega. Veamos si con él eres más afortunada.

EMETERIO (*desde fuera*).—¿Da usted su permiso, señorita?

MIRTA.—Adelante.

EMETERIO (*es un muchacho de quince años, de aspecto campesino; viste blusa y trae en la mano un vaso tapado con un papel*).—Para servir á Dios y á usted.

MIRTA.—¿Cómo te llamas?

EMETERIO.—Meterio, para lo que guste mandar.

MIRTA.—Bueno, Emeterio, siéntate ahí y cena conmigo.

EMETERIO.—¿Cenar? El caso es que...

MIRTA.—Venga ese caso.

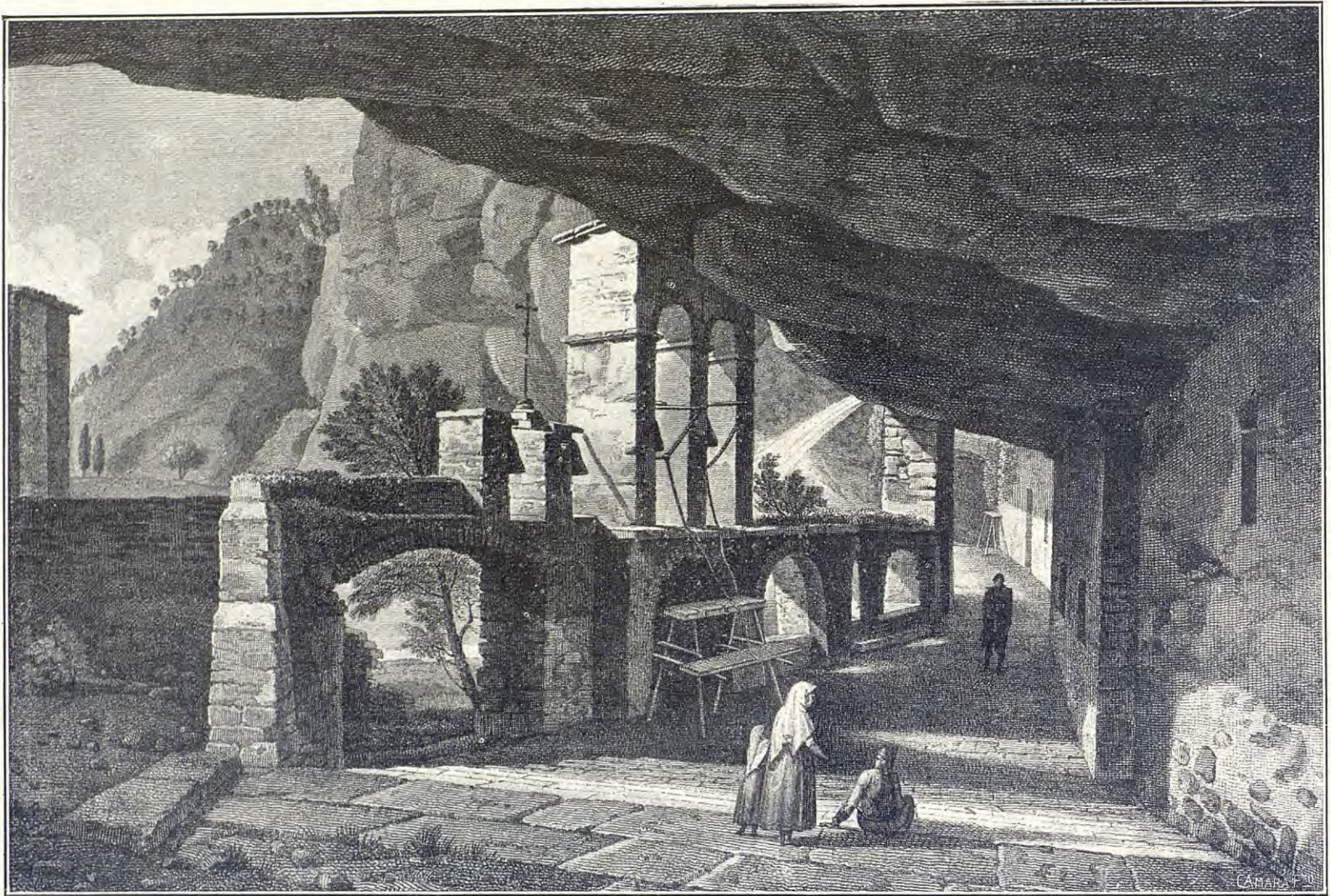
EMETERIO.—Que el maestro me dijo, digo, dice: «Meterio, traí esa receta de la botica, que la maestra está que se las lía»; y yo le dije, digo: «Voy.» Y el me dijo, dice: «Como tardes cinco minutos te deslomo.»



TROPAS INGLESAS ATRAVESANDO UNA CIUDAD DEL NORTE DE ITALIA, DONDE FUERON ACOGIDAS CON GRAN ENTUSIASMO

Dibujo de Matania

FRAY GARÍN Y DON ALVARO
LAS ERMITAS DE MONSERRAT



Interior de la ermita de San Miguel

Estuvo en Monserrat el duque de Rivas antes de concebir su trágico *Don Alvaro*? ¿Conoció, acaso, la historia de Garín, que inspiró hace veinte años al maestro Bretón para componer una ópera olvidada? ¿Bastó el recuerdo de la sierra apacible de Córdoba para imaginar aquel desenlace en que el sino humano, la fatalidad ciega adquiere la espantable grandeza del hado en la tragedia griega? Mas parece proba-

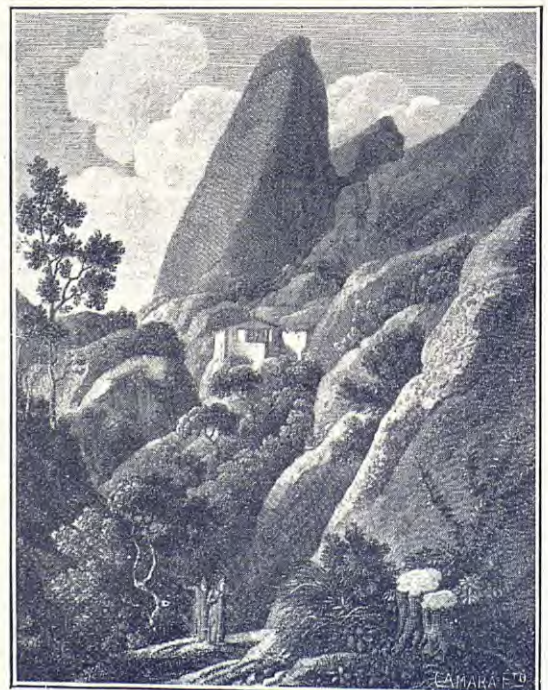
ble que Angel Saavedra, cuya inquieta mocedad le hizo recorrer muchas regiones de España, escaló este formidable montón de peñascales bravíos y tersos, que parece sacado de las entrañas de la tierra por un genio titán, y llegó á conocer el antiguo convento humilde, con su portal románico, y las numerosas ermitas esparcidas por los riscos y los breñales. Fué, sin duda, este desierto, en aquellos primeros años del siglo XIX refugio de grandes pecadores doloridos de atrición; de aventureros no arrepentidos que huían de la humana justicia y escondían allí sus crímenes, esperando que les olvidasen los corchetes que les perseguían; de patriotas y guerrilleros que ansiaban la gloria ganada en el Bruch y preparaban la conspiración ahogada en sangre en Barcelona; de contrabandistas y traficantes en ilicitudes. La bravía Naturaleza, con sus picachos que rasgan las nubes, con sus abismos, gargantas y despeñaderos que llegan al valle, y con sus grutas y sus cuevas, escondía todo este mundo trágico de dolor y de quebranto, de humildad y rebeldía, de fe y desesperación. Fué allí, sin duda, donde el duque de Rivas concibió aquella figura fastuosa del descendiente de la excelsa progenie indiana, amorador en Sevilla, soldado en Italia y anacoreta en el yermo, cuyas manos tiñe de sangre un hado fatal.

Hoy, acaso, ha huído de Monserrat toda emoción. Tomáis en la estación de Monistrol el ferrocarril de cremallera, que osadamente traza curvas y baja pendientes hasta llegar al valle, donde unas fábricas utilizan la fuerza del río. En las calles y en las terrazas del pueblo, y en los huertos bien labrados gentes apacibles suspenden sus tareas para ver pasar los excursionistas. Os dais cuenta en seguida de que el desierto ha sido ya poblado. Los monjes, para orar en soledad, tienen que encerrarse en sus celdas. A mitad de camino, en plena ascensión ya hacia los altos picachos, aparece una linda villa, Monserrat, donde hay lindas casitas que son refugio

dominical de burgueses de las ciudades cercanas, y cuando se llega al fin de la línea férrea, al escalón en que está asentado el monasterio, advertís que en una terraza, y en numerosas ventanas, atisban á los viajeros los camareros de un lujoso hotel y los *chauffeurs* de un *garage*. No hay poesía ya entre la aspereza de estos breñales. En la época en que el duque de Rivas pudo escalar estas cumbres y contemplar los abismos



Ermita de la Santísima Trinidad



Ermita de Santa Ana

en que había de despeñar á su Don Alvaro, vivía en cada una de las ermitas esparcidas por la montaña un penitente, que consumía sus horas en demandar perdón al cielo. Una cerca de espinos le aislaba de los demás habitantes de la montaña. Desde el monasterio se enviaba á cada anacoreta el pan y las frutas con que había de sustentarse. Sólo cuando la Muerte rondaba, vengadora, cerca de una ermita, se mezclaba el sonido de su campana con la admirable música que el viento arranca perennemente á las agujas de piedra, á las grutas y á las quebraduras, á las gargantas hondas, á las copas de los árboles, á los matices de verdura y al agua que mana en fuentes claras, se despeña en arroyos, se deshace en espumas y llega al valle en torrentes.

Hoy ya no maravilla siquiera cómo ha podido edificarse en aquella altura la recia mole del convento y la iglesia, donde no se ha escatimado pesadumbre de granito, de mármol ó de hierro. Hay, además del ferrocarril, una amplia carretera, que recorren veloces los automóviles, poniendo la aspereza de sus bocinazos en aquel concierto sutil de misteriosos sonos. Toda la montaña se cruza y recorre por numerosos senderos, y en medio de sus boscajes la gente alegre de las ciudades inmediatas organiza bailes y meriendas. En las ermitas no hay penitentes contritos; la cueva donde Garín se atormentara, está cerrada con una doble verja de hierro.

El arte moderno está substituyendo la visión de los anacoretas—si fuera posible substituir con algo este período glorioso de la fe cristiana—con grupos escultóricos, bajos y alto-relieves incrustados en la misma montaña, cruces, imágenes y altares que harán de esta soberbia mole de Monserrat el más rico museo de escultura religiosa que posea España. Será entonces, con el atractivo de sus panoramas, con la grandeza de sus moles de piedras engarzadas unas sobre otras como por



Vista de la Cueva de la Virgen de Monserrat

mano de un titán, con el lujo de sus hoteles y hospederías y la comodidad de sus automóviles, y con la belleza—demasiado atildada, detallada y refinada acaso—de sus esculturas en el Vía Crucis, en el Rosario, y más que le pondrán, lu-

gar donde acudirán todos los turistas, excursionistas y desocupados de España. Acaso, para espíritus menos banales, había más poesía y más belleza en la montaña austera no profanada por la mano del hombre. Más decían, sin duda, aquellos peñascales bravíos en que hallaban refugio los atormentados del espíritu, que estas esculturas, que, en medio de la grandeza abrupta, genial y retadora de la Naturaleza, resultan como estampitas en manos de niños. Más emoción nos producen la desgarradura de una Peña ó la estabilidad de una aguja que se alza hasta las nubes ó la contemplación de una de estas sencillas ermitas y la imaginación de las doloridas existencias que en ellas se agostaran, que toda la serie de grupos donde los escultores rememoran la pasión y muerte de Cristo y simbolizan los misterios del Rosario.

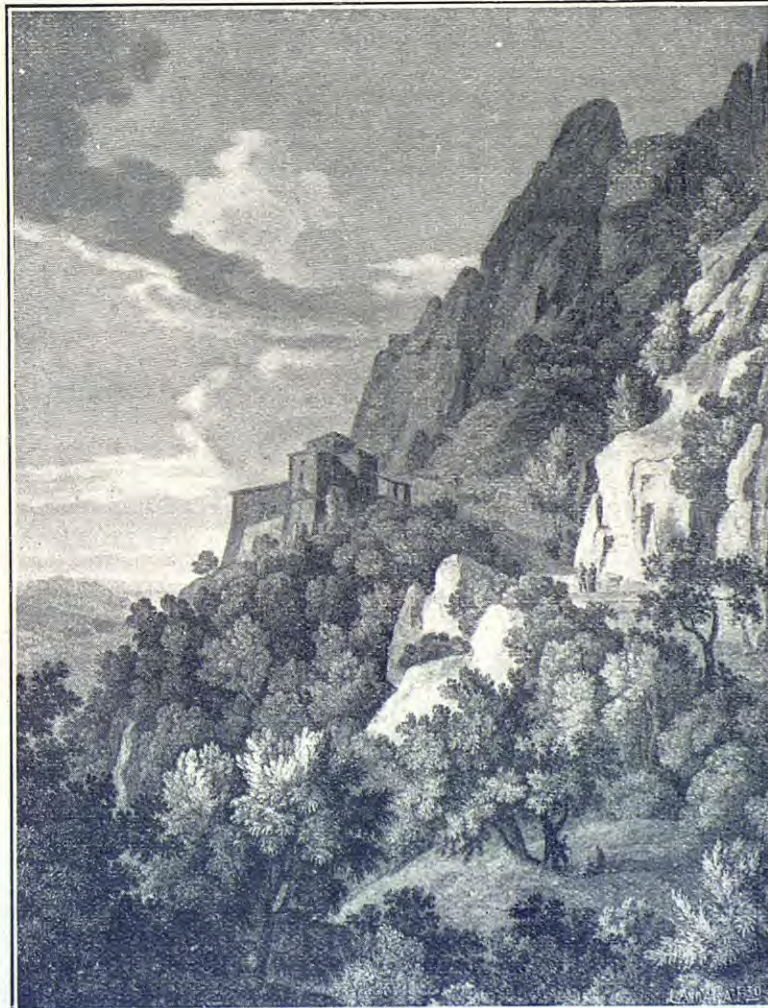
Apenas mediada la tarde, comienzan las sombras á extenderse por la vertiente oriental de la montaña; una densa nube, morada y gris, se desgarran en jirones sobre los altos picachos y los corona ahincadamente. A ratos surge de su seno un ramalazo de luz, apenas sin ruido, precursor de fieros relámpagos. El cremallera, atropellada y ruidosamente, nos aleja llevándonos hacia la estación de empalme de Monistrol. Sentimos una grave inquietud. Hemos debido quedarnos allí, al pie del monasterio austero.

Es la hora en que Garín se estremecía de espanto. Es la hora en que Don Alvaro siente en su alma más fragorosa tormenta que la desencadenada sobre la montaña. Va á caer el rayo desgarrando peñas y desgajando árboles. A su luz deberíamos imaginar que en cada una de estas ermitas un penitente, febril y exaltado, creyendo ver á Dios airado, como se le vió en Sinaí, alza al cielo su voz: *Miserere mei Dómine...*

DIONISIO PÉREZ



Ermita de San Onofre



Ermita de San Dimas



SONETOS

EL CHAMBERGO

*Extraña adarga en la panoplia vieja,
yace olvidado el fanfarrón sombrero
sobre una espada de bruñido acero
que el claror de unas lámparas refleja.*

*Batió sus plumas junto alguna reja
la brisa helada del nevado Enero,
y, ante un áureo chapín, un caballero
alfombró con su airón cierta calleja.*

*¡Quién dirá, al verlo en la tranquila estancia,
bajo el prestigio de fulgentes luces,
que fué c'mera de la intemperancia*

*y pendón de victoria en tantas brechas,
entre el estruendo de los arcabuces
y el agudo silbido de las flechas!...*

DEL SIGLO DE ORO

*Nací en la patria del divino Herrera
y se meció en Itálica mi cuna;
como mi juventud, no hubo otra alguna,
ni otra, como mi espada, aventurera.*

*Perdía en juegos del Azar, mas era
pródiga en mi camino la Fortuna:
¡Gloria—era aún mi cabellera bruna—
y Amor—aún blanca ya mi cabellera!—*

*Rimé, cual Garcilaso, en las campañas;
el Imperio ensanché de las Españas;
en brazos del amor, como Paolo,*

*dejé la vida, y al poner su proa
mi nave al «más allá», me hizo una loa
Lope de Vega en su Laurel de Apolo...*

AL MARGEN DE UN BREDIARIO

*«Doña Blanca: Esta noche, al dar las once,
cuando desierta se halle la plazuela,
os aguardan mis dos brazos de bronce
y un caballo alazán bajo mi espuela.»*

*«Que escape vuestro cuerpo de gacela
por el portillo; si chirría el gonce,
no dudéis y corred... Mi alazán vuela
igual que el viento, ¡y más volará entonces!»*

*«Sobre las ancas del corcel ligero,
bajo el brazo de vuestro caballero,
huiréis conmigo a mi castillo moro;*

*¡la tenue brisa en sus nocturnas rondas
incendiará la noche con las ondas
de vuestra undosa cabellera de oro!...*

Juan GONZÁLEZ OLMEDILLA

DIBUJO DE MARÍN

LA ESFERA
LA PINTURA ITALIANA



DETALLE DE LA TABLA "LA VIRGEN CON EL NINO", ATRIBUIDA A CIMABUE, Y QUE SE CONSERVA EN SANTA MARIA DE NOVELLA, DE FLORENCIA

LA PAMPA HÚNGARA



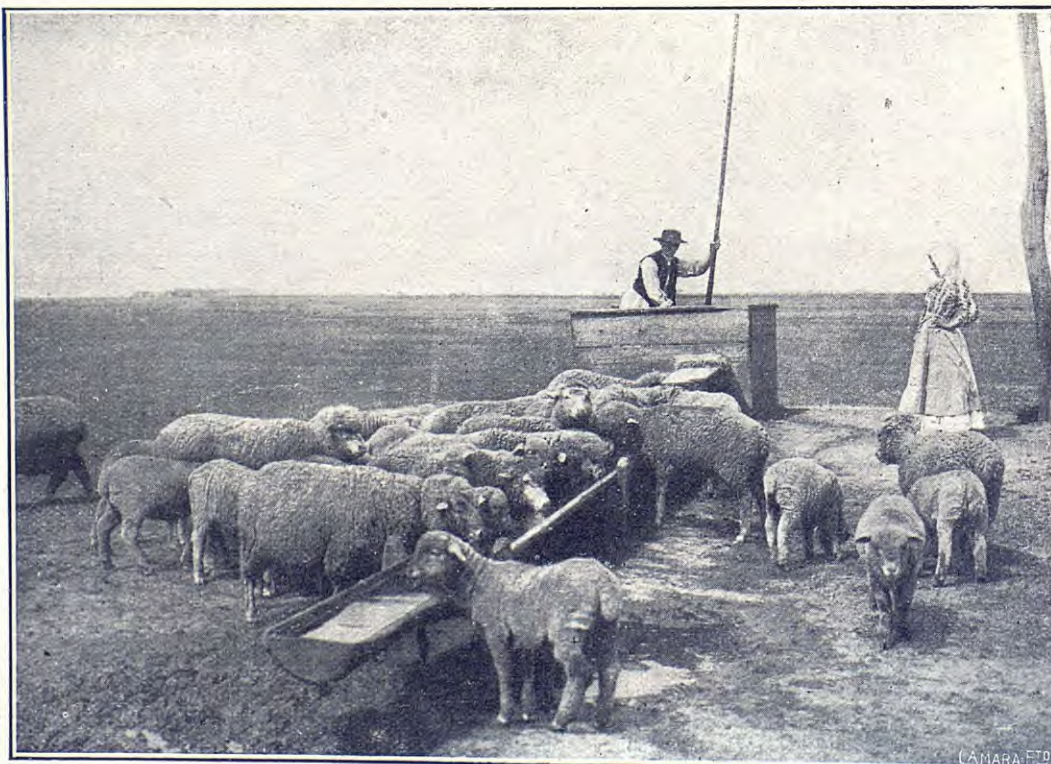
Cabaña de cañizo, semejante á las de Andalucía

A PENAS comenzamos á recorrer las primeras leguas del *Alföld*, de la pampa húngara, de la Mancha de Hungría, nos sentimos poseídos de la melancolía del paisaje que se extiende plano ante nuestros ojos, hasta confundirse con la visión del cielo en la lejanía del horizonte. Las líneas de ferrocarril que cruzan la enorme llanura son muy modernas y apenas han logrado quitarle su nota más característica, el desparramamiento de la población en la extensión de los campos, en las lindes de las carreteras y de los ribazos. La aldea en el *Alföld* es como la aldea gallega. Los caminos están poblados como si fuesen calles de una enorme ciudad en la que cada casa tuviese por jardín las extensiones de un huerto y una pradera. Como en las casucas de la aldea gallega el maíz, secándose al sol, finge un festón de oro, bajo el alero del tejado, en la armadura de las balconadas, en el quicio de las ventanas; como en la aldea gallega se escucha por todas partes el balido de las ovejas y el mugido de las vacas, las esquilas que guían á los rebaños y el ladrar de los mastines guardadores. Hasta hace poco el *Alföld* vivía aislado del resto del mundo; sin extrañas influencias, la tra-

dición mantenía las mismas costumbres, los mismos trajes, los mismos arbitrios de vida que tuvieron pasadas generaciones á través de varios siglos. ¿Cómo, entonces, se establecen estas raras semejanzas, esta igualdad entre países situados á tanta distancia unos de otros? La aldea es gallega, es como si fuese gallega; pero la pradera inmensa, la llanura donde pastan las manadas de

caballos y de toros, y que cruzan los rebaños de ovejas en constante peregrinación, es una cosa exactamente igual á la pampa argentina y, aun acaso, muy parecida á ciertas regiones de Andalucía. Claro es que la semejanza que ofrece la Naturaleza, crea una semejanza en las condiciones y en la manera de vivir los hombres; pero, ¿puede esta semejanza mantenerse por mera casualidad en los trajes,

en los muebles, en los utensilios, en los artefactos y en las herramientas de cada oficio? Pues así acontece. Un *csikos*, húngaro, apacentador de caballos, es tan admirable jinete como un gaucho argentino. De un salto, agarrándose á las crines del cuello, monta en pelo un potro bravío, alcanzado á la carrera. Por mucho que el animal, asustado, se encabrite, salte y cocee, el *csikos* permanecerá montado, sujetando al bruto con sus piernas como con unas tenazas formidables. Cuando en la llanura, sin obstáculos, emprende una vertiginosa huida, el *csikos* se arroja á tierra de un salto y le deja correr lleno de espanto. Como el gaucho, llevan los hijos del *Alföld* su lazo al cinto, que manejan lo mismo que en la pampa argentina. Esta extraña semejanza se acrecienta viéndoles con su som-



Pozo, con brocal de madera, en las cercanías de una guardería

brero de anchas alas, como el de cualquier hijo castizo de Triana en Sevilla ó del barrio del Potro en Córdoba, con sus pantalones bombachos, su manto ó capa con entorchados y alamares. Como en Andalucía, las mujeres cubren su cabeza con un pañuelo de seda anudado en la garganta y cayendo en triángulo sobre la espalda. Como en Andalucía y como en la Argentina, estos hombres de tez bronceada, de carne enjuta y sarmentosa, de ojos negros llenos de ensueño, sienten y reproducen la melancolía que la Naturaleza puso en las llanuras inacabables. Si escucháis sus cantares, recordáis las trovas de estos otros pueblos situados en tan distintas latitudes: las vidalitas argentinas ó las peteneras andaluzas.

No hay modo de suponer que estas semejanzas provengan de un origen común de estas razas, disgregadas en siglos remotos. Acaso —como ha supuesto un sabio etnólogo de Cambridge—, estos hechos puedan encontrar explicación el día que logre descubrirse el misterio del origen de la raza gitana. Sin duda, hay muchos pueblos que tienen su desconocido origen en tribus disgregadas en las primeras emigraciones de los zingaros, venidos de Egipto ó de la India, ó acaso sean los primitivos indígenas de Europa, divididos y esparcidos por las emigraciones invasoras de otros pueblos. A través de toda Europa puede marcarse sin solución de



Pastor del Alföld, con su traje característico

continuidad, la marcha de esta raza desde Portugal hasta las lindes del Asia. La cuenca del Danubio especialmente, con sus numerosos afluentes, desde su desembocadura hasta sus fuentes, parece la ruta seguida por la expansión de esta raza que, á través del tiempo y las distancias, de las guerras antiguas, medioevales y modernas, de las más enconadas persecuciones religiosas y políticas, conserva su carácter y sus modos, repudiadores de toda mudanza y todo progreso. Acaso, siglos antes de esta emigración que llenara los Balkanes, el centro de Europa

y los países costeros del Mediterráneo de gitanos, hubiera invasiones de este mismo pueblo, que llegaran hasta Andalucía y que se detuvieran en el *Alföld* y se mezclaran con los indígenas remotos cuya existencia se desconoce. El hecho es que sobre todas estas semejanzas encontramos una que nos produce verdadera emoción. Es la de las supersticiones, y eso que en Andalucía no se produce el espejismo, como en el *Alföld*... He aquí que repentinamente la límpida transparencia del espacio se ve manchada por una sombra oscura que se acerca y pasa ante nosotros marcando precisamente sus contornos. Es un palacio, es una montaña, es un navío, es un bosque... ¿De qué lejanas realidades traerán las refracciones solares estas sombras llenas de misterio, ante las que

los campesinos cierran los ojos y se estremecen de miedo, queriendo ahuyentarlas haciendo la señal de la cruz y mascullando unas palabras cabalísticas? En la serenidad de la alta noche, bajo el cielo tachonado de estrellas, cuando los rumores de la Naturaleza se han dormido, estos hijos de la pampa silenciosa y huraña, elevarán el pensamiento á la altura, y en sus meditaciones creerán que las estrellas lejanas son almas que los observan desde lejos, desde muy lejos...

MÍNIMO ESPAÑOL



Ordeñando las ovejas



LA TENTACION

¡Monje Oliverio! ¡Monje Oliverio!:
¿Por qué ese llanto?
¿Por qué caminas tan pensativo
por los senderos de tu cercado?

De ese cercado que da á tu celda,
cuando abre Mayo su edén florido,
un pebetero de rosas grana
y una fragancia de blancos lirios.

Entre tus cejas hay una arruga,
como la marca de hondo cuchillo,
y en tus ojeras hay los matices
amoratados de los martirios.

¡Monje Oliverio! ¡Monje Oliverio!:
hace ya tiempo que, entre tus manos,
no abres las hojas amarillentas
de tu breviario.

De ese breviario donde aprendiste
á escapar, puro, de los acechos
que hace á las almas, por los caminos,
el ángel malo de los deseos.

Ahora no llevas tu hábito obscuro,
como solías, flotando al viento;
ahora, oprimido bajo tus brazos,
como un cilicio ciñe tu cuerpo.

¡Monje Oliverio! ¡Monje Oliverio!:
¿Por qué ese llanto?
¿Por qué caminas tan pensativo
por los senderos de tu cercado?

Ya sé la causa de tus dolores;
ya sé que el ángel

de los protervos clavó sus garras
sobre tu carne.

Fué una mañana de esas de Mayo,
de esas azules mañanas claras,
cuando florecen por los senderos
nevados lirios y rosas grana.

Tú no le viste; fué en el instante
que tú mirabas á unas palomas
llenas de celo,
cuando de un árbol, como una som-
[bra,

surgió en la forma de un halcón ne-
[gro,

que sacudiendo, torvo, sus plumas,
hizo que, leves, fuesen quedando
bajo los pliegues de tu capucha.

Mala simiente fué la semilla
que dejó el ángel sobre tu espalda,
mala simiente, porque en tus hombros
aquellas plumas se hicieron alas.

Alas sombrías como la noche,
como las plumas del halcón negro
que te acechaba cuando miraste
á unas palomas llenas de celo.

Ya sé, Oliverio, por qué tu hábito
como un cilicio ciñe tu cuerpo:
porque esas alas quieren abrirse
y tú aún combates contra el deseo.

Fernando LÓPEZ MARTÍN

DIBUJO DE MARÍN

LA ESFERA

PÁGINAS ARTÍSTICAS



LA ESCLAVA, cuadro de Nazario Montero

SALAMANCA ARTÍSTICA

EL CLAUSTRO DE LAS DUEÑAS



Detalle de los capiteles del claustro de las Dueñas

De la visita de turismo que Su Alteza Real la Infanta Doña Isabel realizó hace algún tiempo a Salamanca, puede quedar mucho en orden a la conservación de este gran museo de arte español, que los siglos de oro nos legaron. Mucho y bueno pudieron aprender aquellos días, autoridades y políticos salmantinos en el séquito de Su Alteza.

Yo espero que, con ello, algo quede para la Salamanca artística y para el fomento del turismo.

Hasta ahora, en España, eso de dar culto al turismo es obra, por lo menos, de chiflados.

Nuestros elementos oficiales son... *ateos*, en éste como en otros respectos artísticos.

Para ellos, el supremo arte nacional está en el culto al voto.

Y en aras de ese dios derraman, á manos llenas, el presupuesto del Estado y dejan que la España monumental, en tanto, se saquee por chamarileros, se hunda por incuria; que la España pintoresca se arrase por la rapacidad política.

Bueno es que la realeza haga seguir, y muchas veces tras ella, de monumento en monumento, rezando estaciones de arte, á los estados mayores de la política local, provincial y nacional. Que aprendan así algo de cómo está la hermosa España, sigan sus bellas rutas y dejen esas otras de la prosa electoral demoledora.

Bien llegadas siempre esas cortes de artífice

turismo de nuestra realeza; ellas formarán la educación de nuestros gobernantes. A ver si acaban esos Concejos dispuestos á tirar catedrales, universidades y palacios para hacer una Gran Vía; esa horrenda arquitectura, municipal ó provincial, que ha llegado á proyectar, en serio, demoler una catedral románica para volverla á edificar luego más ajustada á los preceptos modernos de la ciencia constructora; esos buenos alcaldes que oyendo elogios de la realeza á la pintoresca tracería de las viejas calles de su ciudad, contestan:

—Afortunadamente, Señora, ya vamos en la ciudad alineando todas esas viejas calles... (!).

□□□

Las reales prerrogativas de Su Alteza y su amor por el arte español, proporcionaron una vez más á Salamanca el placer de que se abran las clausuras de las Dueñas, de las Agustinas y de las Ursulas: tres de los más monumentales conventos que acá tenemos.

Y gracias á ello, algunos pudimos admirar las muchas y bellas obras de arte allí encerradas.

Las Dueñas y las Ursulas son dos joyas arquitectónicas, avaloradas con su gran riqueza decorativa. Las Agustinas son un estupendo museo de pintura, orfebrería y ornamentos.

El primer convento salmantino visitado por Su Alteza, fué el de las Dueñas. El españolismo de

la Infanta de Castilla quiso de nuevo admirar aquel prodigio del Renacimiento. Y en mí, la visión real del claustro, achicó á la ideada. Es tanta su hermosura, que sólo viéndola... ¡Lástima grande no poderla contemplar con más calma!

□□□

Yo entré en el convento cuando Su Alteza discurría ya con su séquito, claustro adelante.

El señor obispo, con las poquitas monjas que hoy forman la Comunidad, atisbaba en el portalón á los que entrábamos, acaso para que entre el barullo no se metiera algún «vivo» que, dándonos de artista, viera y tocara joyas hasta llevar alguna entre las uñas. Que no son de fiar más los tiempos presentes.

Y en tanto el prelado seguía avizorando *artistas*, las monjitas se arremolinaban en el rincón de la portalada abrazando á deudos, parientes y amigos.

Había una novicia, jovencita y guapa, con cara de virgencita italiana, apretujando sobre su seno, con más ganas, á un angelón de sobrino suyo. Un encanto de amor maternal...

Es el claustro de las Dueñas la más hermosa obra de su época que Salamanca posee.

Se bella tracería y artístico decorado son de magistral mano y castizamente española.

Quién sea el autor, yo lo ignoro. Mirando los sarmentosos torsos de los cuerpecillos que de-

coran aquellos capiteles, recuerdan á las musculosas retorceduras, la expresión burlesca de las caricaturas talladas en los mensulones de la Diputación.

¿Fueron ambas obras del mismo escultor?...

La escuela por lo menos es la misma, la época también: los de la Diputación se hicieron de 1538 á 1572 y el claustro de las Dueñas de 1533 al 41.

Una y otra obra tienen la misma valentía artística, el mismo expresivo humorismo; cada figura es caricatura de un vicio social.

Son unos tíos que se rien de su propia sombra.

Bien distinta escuela aquella otra de las atildadas coquetonas figurillas italianísimas, que Diego de Silos nos dejara en los medallones del patio de los Irlandeses.

El claustro de las Dueñas es un encanto de arte español.

¡Y tan estupenda joya que siga clausurada!

Para mí, digan lo que quieran los *cánones*, entiendo sería fácil suspender en las Dueñas la clausura y autorizar la visita turística mediante ciertas cortapisas y hasta un estipendio.

Con lo cual, las monjitas se ingeniarían un ingreso, que buena falta les hace, para remediar su actual pobreza.

El señor nuncio tiene la palabra. Su Eminen-



Portada mudéjar

cia conoce bien este monumento y es, además, gran amante del turismo artístico.

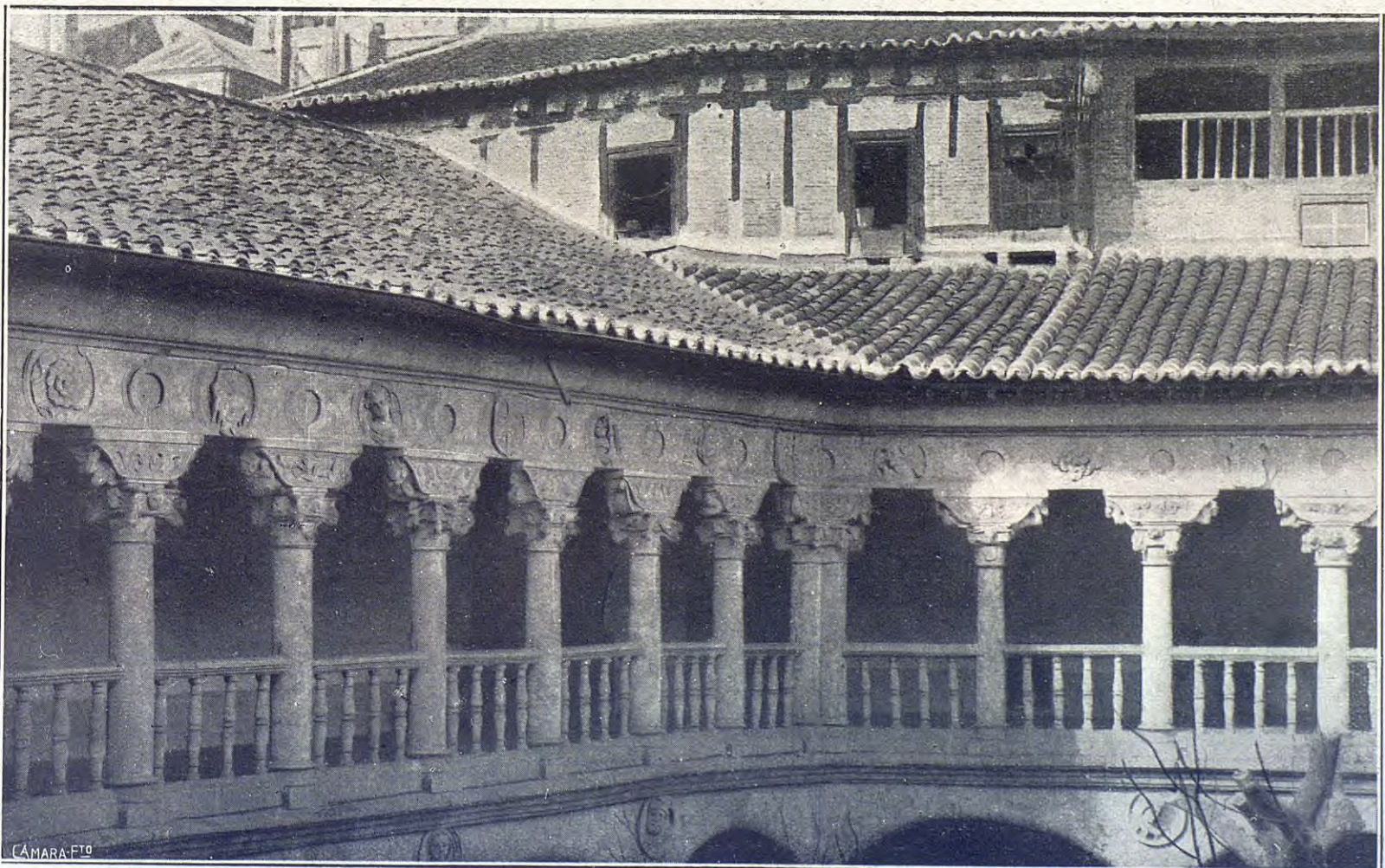
Por de pronto, siquiere esto. Y, más adelante, tampoco sería obra de romanos que el Estado comprara el convento; que les diera á las Dueñas para hacer otro más higiénico y conforme con su modesta condición actual que, por cierto, nada tiene de *dueña*, y que les quedaran, además, unos miles de pesetas con que ir viviendo.

Y adquirido por el Gobierno este monumento y discretamente restaurado, podría servir de museo ó de encantadora hospedería de turismo la un tiempo suntuosa morada de doña Juana Rodríguez Maldonado, y lucir ante nacionales y extranjeros las bellezas artísticas de su claustro, de sus portadas mudéjares y de sus artesanados.

Y no estar cerrado, para que las pobres monjitas vivan su miseria en aquellos salones señoriales y dejen que de día en día la ruina se apodere de tanta preciosa joya, por no tener ni para quitarle las goteras.

A esto no hay derecho, señores políticos, aunque la España electorera, con la almoneda de tales ruinas, levante fábricas de votos.

Andrés PÉREZ-CARDEÑAL



El claustro de las Dueñas

PÁGINAS DE LA PERFUMERÍA FLORALIA



Flores del Campo

EL MODERNO ARBOL DE NOËL

Es la poética noche bulliciosa de Navidad. El simbólico abeto iluminado da sus mágicos frutos entre un coro de risas infantiles.

Rosita es la agraciada con el primer turno, y á los acordes del *champagne* tumultuoso, que desborda los vasos, va á elegir el más hermoso juguete que se columpia en las ramas

generosas. Ante la expectación de todos, Rosita da una prueba más de su finura y buen gusto acariciando las codiciadas creaciones «FLORES DEL CAMPO», que han de mantener eternamente la frescura y animación de su rostro juvenil.

Hoy Polichinela ha muerto á manos de esos preciados dones de la PERFUMERÍA FLORA-

LIA, y el JABON, COLONIA, POLVOS, RONQUINA, BRILLANTINA, LOCION y EXTRAC-TO han desterrado las muñecas, pues es sabido que nada codicia tanto la mujer como aquello que halaga su adorable coquetería. Y ¿qué mejor puede halagarla que los productos exquisitos de FLORALIA?

DIBUJO DE PENAGOS